

## ¿Qué es el romanticismo español?

*Por Edmund L. KING*  
(Universidad de Princeton)

Todos los historiadores de la literatura española dedican uno o dos capítulos al Romanticismo español y en los últimos veinticinco años han aparecido media docena de estudios detallados sobre este movimiento, estudios sin los cuales no podría llegar a las conclusiones a que espero llegar en este artículo. Me refiero en especial a la conocida obra de Allison Peers y a las investigaciones, más recientes, de los profesores José F. Montesinos y Vicente Llorens.

Carecen de importancia las discrepancias existentes entre los autores en cuanto a la cronología o el contenido del movimiento, y por lo general todos están de acuerdo en lo que se refiere a su carácter. Recordaremos que el Romanticismo aparece en España con una lentitud considerada por muchos como característica del desarrollo de la cultura ibérica. Peers explica este retraso como consecuencia no sólo de la represión política de Fernando VII, que hizo "imposible que florecieran nuevas ideas", sino también de un "flaco fundamental", una "inherente debilidad", una "falta de entusiasmo por los ideales románticos", una "ausencia de todo sentido de solidaridad"<sup>1</sup>.

El profesor Montesinos ve la situación desde una perspectiva sólo ligeramente diferente:

La Inquisición, que no había impedido el vuelo vigoroso del Siglo de Oro, impide ahora (en la época de Fernando VII) toda cosa. Y lo que no hacía la Inquisición lo hacía una censura estúpida, de la que ya conocemos frutos... El divorcio entre dirigentes y dirigidos, que va a ser el gran drama español del siglo XIX, se inicia entonces. Una cierta clase intelectual, "criada o deslum-

<sup>1</sup> *A History of the Romantic Movement in Spain* (Cambridge, 1940), I, 80-81.

brada en el extranjero”, como dirá más tarde Larra, empieza a perder el sentido de la realidad española, incapaz de percartarse de sus mejores esencias y de introducirlas en una cultura general europea bien comprendida a la que, por lo demás, no había manera de cerrarse. Lo que la historia de la novela en España, que no española, nos enseña de aquellos años es aplicable a todas las otras actividades del espíritu. Todo llega tarde, todo llega mal, disminuído, incompleto, adulterado, envilecido; los productos de inferior calidad suplantán a los más exquisitos y genuinos o se les adelantan e impiden la fruición plena y provechosa de ellos. Se inicia nuestro atraso y nuestro confusionismo modernos y España pierde el compás... con respecto a Europa. Las mezcolanzas increíbles que la literatura del período romántico ofrece, la ciega sumisión con que el español va a aceptar cuanto de Francia le llegue, su inseguridad, su despistamiento, tienen la misma causa <sup>2</sup>.

Los españoles, cuyo principal quehacer como auténticos románticos debiera haber sido tratar su propia realidad inmediata a su manera y con arreglo a sus necesidades, concibieron esta actividad como un costumbrismo bastante superficial. Como dice Montesinos de los costumbristas, “casi nada de lo publicado entre nosotros puede compararse a ciertas páginas de Blanco-White, escritas en inglés y para ingleses” <sup>3</sup>.

Pero el Romanticismo no hubo de esperar a que la crítica moderna le desacreditase. Alcalá Galiano, que había sido su más decidido defensor en el prefacio a *El moro expósito*, regresó a España desde el exilio para sentirse extranjero en su propio país, donde “muchos escritores españoles, aun los que pasaban por románticos, empleaban un lenguaje que no era el suyo y entendían de muy otra manera que él las cuestiones literarias” <sup>4</sup>.

Reflexionando sobre su decepción, escribía en 1847:

Sin duda alguna esta renovación (la romántica) de la poesía y de la crítica era sobremanera saludable; pero pecó entre nosotros cabalmente por lo que había pecado en su aplicación y hasta en su teórica, si bien mucho más en lo primero que en lo segundo, las doctrinas erróneamente llamadas clásicas, esto es, por ser planta de tierra extraña traída a nuestro suelo con poca inteligencia y plantada en él para dar frutos forzados, pobres mustios en color, escasos en fuerza y para el gusto de muy corto regalo, si ya no amargos o desabridos...

Para los españoles, el Romanticismo era “género tan falso cuanto el que se vendía por clásico” <sup>5</sup>.

En Francia, Alemania e Inglaterra hubo también denuncias del Ro-

<sup>2</sup> *Introducción a una Historia de la novela en España en el siglo XIX* (Valencia, 1955), págs. 46-47.

<sup>3</sup> Página XIV.

<sup>4</sup> VICENTE LLORENS CASTILLO, *Liberales y Románticos* (Méjico, 1954), pág. 359.

<sup>5</sup> Citado por LLORENS, pág. 361.

manticismo, pero ¿hubo en esos países nada semejante a esto? Fuera de España se atacaba al Romanticismo porque era un éxito, porque sus críticos sentían la necesidad de separarse de él; en España se consideraba como una vacía afectación, opinión de la que participan muchos críticos. E incluso en autores a los que menos puede aplicarse este juicio existen rasgos que confirman su legitimidad. Así, Espronceda, a pesar de su ebullición poética, y en parte debido a ella, nos hace pensar más en Byron, cuando no nos recuerda a Goethe que en él mismo. Es el Larra volteriano de los artículos, no el autor del *Macías*, el que atrajo la atención de la generación del 98 y atrae la nuestra. Y José Blanco-White, el más dotado de la época, el único profundamente inspirado por ideales románticos, se hizo inglés y escribió en inglés.

Si el Romanticismo no es más que un conjunto de actitudes y no una concepción del mundo, naturalmente carece de sentido negar no sólo a estos autores, sino al Duque de Rivas, a Martínez de la Rosa, a García Gutiérrez, a Gil y Carrasco, a Zorrilla y a todos los demás, la acostumbrada etiqueta. Además, si se les quita ésta, ¿qué otra se les puede poner? Tendremos que conservar la expresión Romanticismo español, pero el adjetivo español, por desgracia, tendrá que denotar todas las poco halagadoras características que hemos mencionado. No obstante, si bien aceptamos la evaluación crítica general, no hemos de aceptar las explicaciones que suelen darse. ¿Existen mejores explicaciones de la falta de arraigo del Romanticismo en España? Para comprender por qué no arraigó en España creo que conviene ver por qué lo hizo en otros países.

Estoy dispuesto a aceptar la tesis de que el Romanticismo es un conjunto de actitudes y no una concepción del mundo unificada, pero me parece inconcebible que este conjunto de actitudes, por contradictorias que puedan ser entre sí, no esté conectado en algún punto con una concepción del mundo unificada<sup>6</sup>. Como señala el profesor Jacques Barzun:

Lo que necesitamos como definición del romanticismo intrínseco es lo que dió lugar —y que incidentalmente explica— todas las demás actitudes... ¿Por qué atacaban a la Razón algunos románticos, por qué algunos se convirtieron al catolicismo, por qué unos fueron liberales, por qué otros reaccionarios? ¿Por qué alabaron unos la Edad Media y otros adoraron a los griegos? Evidentemente, lo que unifica a los hombres en una época determinante que esas filosofías tratan de resolver. En el periodo romántico... este problema era crear un nuevo mundo sobre las ruinas del viejo. La Revolución Francesa y Napoleón habían hecho un barrido general. Incluso antes de la Revolución, que puede considerarse como una manifestación externa de una decadencia interna, no era ya posible pensar, obrar, escribir ni pintar

<sup>6</sup> La distinción a que aquí aludo ha sido trazada por el profesor Enrique Tierno Galván en una serie de conferencias sobre

"Tradición y Modernismo", dictadas en la Universidad de Princeton, en noviembre de 1961.

como si las viejas formas tuviesen vida. Los filósofos críticos del siglo XVIII habían destruído su propia habitación. La generación siguiente ha de construir o perecer. De aquí que concluyamos que el Romanticismo es ante todo constructivo y creador; es lo que podemos llamar una época de soluciones frente al *solvente* siglo XVIII<sup>7</sup>.

¿Cómo podría ser España, para otros la tierra romántica por excelencia, *romantique Espagne*, como la llamarían los franceses, y al propio tiempo ser tan antiromántica? Es un buen problema, pero no tan problemático como parece. La idea de Allison Peers de que España era una nación intrínsecamente romántica es insostenible, por estar basada en la falacia de que ciertas características de la civilización española que los románticos alemanes y de otros países consideraron valiosas hacían a España romántica, conceptos que en su mayor parte se han convertido en lugares comunes por repetición. Así, pues, el "drama romántico", según Schlegel,

sólo es indígena de Inglaterra y de España; comenzó a florecer en ambos países al mismo tiempo, hace algo más de doscientos años, en Inglaterra con Shakespeare, y en España con Lope de Vega... La semejanza entre el teatro inglés y el español no estriba simplemente en su audaz abandono de las unidades de lugar y tiempo, y en su mezcla de elementos cómicos y trágicos; su desvío o incapacidad para seguir las reglas y atender a la razón (términos que, en concepto de ciertos críticos de arte, significan una misma cosa) pudieran considerarse características puramente negativas. La semejanza entre los dos teatros es mucho más profunda; radica en la íntima esencia de sus obras y en las relaciones sustanciales, por las que cada forma divergente se convierte en verdadera necesidad. Lo que tienen en común es el espíritu de la poesía romántica, expresado en forma dramática<sup>8</sup>.

De este modo, las características románticas halladas en la literatura española del Siglo de Oro por los Schlegel, filósofos y críticos románticos, hicieron romántica esta literatura para Peers —y para otros muchos—, hicieron de España el país romántico *sui generis*. Pero, ¿qué ha sucedido aquí? Las consecuencias de la crítica de la razón pura habían llevado en literatura y en crítica literaria a la exaltación de ciertos valores que habían tenido escasa cabida en la Ilustración —la nación estado y los héroes nacionales, la religión, la libertad de formas, la personalidad, la violencia física, temas próximos a la existencia cotidiana, etc.—, valores, preferencias, actitudes que son románticas sólo porque son soluciones prácticas al problema creado por la destrucción de la autoridad de la razón. Esos

<sup>7</sup> *Classic, Romantic, and Modern* (New York, 1961), p. 14.

<sup>8</sup> Véase LEÓN-FRANÇOIS HOFFMANN, *Ro-*

*mantique Espagne: l'image de l'Espagne entre 1800 y 1850* (París, 1961).

<sup>9</sup> Citado por Peers, I, 84-85.

valores tienen una explicación muy distinta en la España del Siglo de Oro, como saben muy bien los lectores de *La realidad histórica de España*, de Américo Castro, y tienen casi tan poco que ver con el Romanticismo como las columnas salomónicas de los templos orientales con los elementos barrocos de San Pedro de Roma.

Como una prueba más del Romanticismo latente en España, Peers, al igual que otros muchos autores, cita el favor de que siguió gozando el teatro del Siglo de Oro en el siglo XVIII frente a los esfuerzos cuasi-oficiales por sustituirlo por obras de inspiración o importación francesa. Pero esta resistencia corre parejas con el hecho de que, pese a sus elogiables realizaciones, la Ilustración arraigó muy superficialmente en España. Resistir, quizá mejor desatender, la Ilustración era una actitud española, no romántica. No es que los españoles intentasen sustituir la norma de la razón humana; en términos generales, no podían utilizarla. Lo mejor de la España del siglo XVIII es la expresión de la incómoda relación del español con sus ideas francesas, conclusión principal que se puede extraer de recientes estudios sobre Cadalso, quien dijo de esa anomalía, el racionalismo benedictino de Feijóo, que había producido en España más "charlatanes que doctos"<sup>10</sup>.

Y llamar pre-románticas a ciertas obras del siglo XVIII, las *Noches lúgubres*, de Cadalso, por ejemplo, es recurrir a un encasillamiento mecánico, pues ni surgieron como consecuencia natural de la decadencia del Racionalismo ni condujeron, como el maestro conduce al discípulo, como condujo Goethe a Schiller, Kant a Schelling, a lo que pasa por Romanticismo español. Cómo se produjo este romanticismo es bien sabido, pero ciertos rasgos que le acompañan no han sido suficientemente observados, comenzando por el hecho de que no fué el desarrollo de algo que se iniciase en España en el siglo XVIII.

Los españoles adoptaron una posición peculiar, única con respecto a las nuevas doctrinas románticas. Basta considerar la polémica entre Johan Nikolas Böhl von Faber y José Joaquín de Mora. A Mora, débil defensor de la débil causa del neoclasicismo no le agradó la popularidad del drama del Siglo de Oro en Cádiz y provocó el descontento de Böhl von Faber, alemán naturalizado, residente en Cádiz, quien escribió en una de sus réplicas:

mientras ciertos críticos de España tratan de degradar su teatro nacional, éste granjea la admiración de los alemanes... lo aprecian los ingleses... hasta un acreditado literato francés le hace justicia y celebra su elocuente panegirista Schlegel<sup>11</sup>.

La controversia, que se prolongó durante dos años, ha adquirido como la mayor parte del Romanticismo español, una especie de pseudo-status en la historia literaria: Peers, con un don infalible para ver las

<sup>10</sup> Véase el capítulo sobre Cadalso en *La voluntad de estilo* (Barcelona, 1957), de JUAN MARICHAL, y "Dimensiones estéticas de las *Cartas marruecas*", de JOHN B. HUGHES, en la *Nueva Revista de Filo-*

*logía hispánica*, X (1956), 194-202, así como el próximo libro del profesor Hughes sobre Cadalso.

<sup>11</sup> Véase Peers, I, 115-119.

cosas del revés, dice que “históricamente reviste gran importancia. Incluso en la época en que se libró fué considerada lo suficientemente notable para que se comentase por observadores extranjeros y hoy, desde la ventajosa atalaya que ofrece una distancia de más de un siglo podemos considerarla retrospectivamente como una de las batallas más reñidas de una campaña larga y de indeciso desenlace”<sup>12</sup>. Pero lo que realmente vemos desde nuestra atalaya es una trasnochada continuación de la disputa entre antiguos y modernos con una doble inversión de papeles, una batalla en la que el premio se lo llevó el romántico alemán defensor de la España antigua, si la elección de Böhl para la Academia puede considerarse como premio, pero una batalla en la que no hubo ninguna victoria, ninguna conversión de los escritores españoles al punto de vista romántico. Cuando tuvo lugar, más tarde, esta conversión, por diferentes razones, los conversos fueron lo suficientemente corteses para reconocer que se habían equivocado al oponerse a Böhl<sup>13</sup>; pero esto sólo demuestra que los esfuerzos de Böhl fueron infructuosos. No es difícil comprender por qué. Böhl estaba predicando la recuperación de algo que no se había perdido. Los tradicionalistas de las letras españolas quizá se sintieran halagados por sus sermones, pero no los necesitaban. Al propio tiempo, cualesquiera que sean los méritos de la literatura y de los valores españoles “antiguos”, en general, sus defensores españoles no demostraron habilidad alguna para extraer de ellos fuerza creadora. Por otra parte, los neoclásicos, liberales o afrancesados, difícilmente podían prestar oídos a quienes exhortaban a abrazar las momias de las que ellos estaban tratando de desembarazarse. La tesis esencial de Böhl, que los españoles debían ser españoles, era esencialmente ridícula.

Perpetuar la comedia de capa y espada, la retórica de la religión y todas las demás formas vacías del espíritu nacional no era el camino para que un español se convirtiese en romántico. Para llegar a ser romántico habría de llegar a ser algo más, que, como hemos visto es lo que hizo el mejor escritor del credo romántico. En dos palabras, lo que le sucedió a Blanco es lo siguiente: Respondiendo a profundos sentimientos internos de insatisfacción consigo mismo y con su manera de entender la vida y con —diría Ortega— su circunstancia española (era un importante canónigo de la Catedral de Sevilla) se separó, primero, de la Iglesia española, después se alejó de España y marchó a Inglaterra, donde dedicó los primeros años de su vida allí a re-educarse teológica y literariamente, “en un deliberado esfuerzo por asimilarse la lengua y el pensamiento ingleses” durante el período que presenció “no sólo el florecimiento de la literatura romántica inglesa —a la aparición poco antes de Wordsworth y Coleridge sigue la de Byron y Walter Scott—, sino una nueva era de la crítica literaria —del prefacio de Wordsworth a las *Lyrical Ballads* a las *Lectures on the English poets de Hazlitt*—

<sup>12</sup> Peers, I, 119.

<sup>13</sup> ALCALÁ GALIANO, por ejemplo, escribe (*Revista de Madrid*, I (1838), 48 n.-citado por PEERS, I, 118 n.): “Se distinguió en esta lid, como campeón de nuestra li-

teratura, don Juan Nicolás Böhl (sic) de Faber, caballero alemán de vastos conocimientos...” “Añade que él estaba en aquella época del lado equivocado, a no ser que ahora yerre y entonces acertase”.

y la penetración de las ideas románticas germánicas”<sup>14</sup>. Blanco, como inglés, descubrió los valores románticos, no tradicionalistas, de la literatura de su país natal, gracias a su re-educación; sin embargo, si el desarrollo del romanticismo español hubiese dependido de él, ya pensando como inglés, nunca hubiera tenido lugar. Su pensamiento, expresado en inglés, no podía llegar a la España de la Inquisición de Fernando VII, ni iba a entenderlo nadie a quien llegase, y en Inglaterra este pensamiento, pese a sus espléndidas calidades, tenía algo de superfluidad propia de círculos literarios, y cuando tomó un giro unitario resultaba ofensivo incluso para la Institución gladstoniana. Sólo tuvo un impacto importante en los círculos de emigrados españoles, los liberales que huyeron en su mayoría a Inglaterra ante la renovada opresión de Fernando después del breve período constitucional, y permanecieron allí hasta la muerte del déspota, en 1833. Lo que los liberales Mora y Alcalá Galiano, ahora exilados, no aprenderían en Cádiz, del ultramontano Böhl von Faber, que identificaba Romanticismo y tradicionalismo y reaccionarismo político, lo aceptaron en Inglaterra a través del embudo proporcionado por Blanco-White, que no consultó el espejo de la moda, sino las más profundas premisas del nuevo pensamiento y fué así capaz de mostrar a los exilados “un nuevo camino para resolver la constante preocupación española desde el siglo XVIII, la de unir, no enfrentar, lo tradicional y lo moderno, lo español y lo europeo”<sup>15</sup>. Así fué lanzado el romanticismo español oficial.

El movimiento romántico en España se suele considerar delimitado por dos fechas, la publicación de *El moro expósito* (1834) y la representación de *Don Juan Tenorio* (1844). Después de su breve preponderancia los eclécticos celebraron la vuelta a lo que llamaban la normalidad de la razón<sup>16</sup> [*normalcy* hubiera sido una palabra de su gusto]. Hemos visto cómo Alcalá Galiano reconoció el fracaso de lo que ya había pasado: No hubo, para él, Romanticismo español, sino más bien una mascarada con atavíos románticos.

El juicio, si se toma en serio, es demoledor, especialmente para los historiadores de la literatura. Pero yo quisiera tomarlo en serio y tratar de determinar por qué es acertado, a riesgo de hacer varias generalizaciones. En primer lugar, en España la autoridad de la razón nunca había sido establecida con la firmeza suficiente para proporcionar el mecanismo para su propia disolución, como sucedió en Alemania, Francia e Inglaterra. En segundo lugar, los españoles se sometieron a la disciplina romántica no porque sintiesen la necesidad de hacerlo, ni siquiera por curiosidad natural, acerca de lo que estaba ocurriendo en el resto del mundo, sino más bien por dos accidentes, uno las arengas que Böhl lanzó por su propia cuenta, el otro, el exilio de los liberales en

<sup>14</sup> LLORENS, pág. 327, *et passim*. El profesor Llorens está trabajando en un abarador estudio sobre Blanco. Le agradezco no sólo su ayuda con respecto al papel de Blanco en el desarrollo del romanticismo español, sino sus conocimientos en general, en relación con los temas tratados en este artículo.

<sup>15</sup> LLORENS, p. 357.

<sup>16</sup> La frase sólo tiene sentido en Estados Unidos, donde el inculto Presidente Hardiny inventó el barbarismo *normalcy* porque no se le venía a la lengua la correcta y corriente palabra *normality*.

Inglaterra. Lo que se adoptó en Inglaterra fué un conjunto de actitudes, no una concepción del mundo Shlegel, por decirlo así, sin Kant. La concepción del mundo que subyace en las actitudes románticas es, por supuesto, negativa, a saber, que no existe una autoridad trascendental, racionalmente demostrable, que rija la vida y le dé sentido. La expresión romántica es siempre una reconstrucción práctica de lo que ha sido teóricamente destruído, en filosofía o en religión, donde la *Crítica de la razón práctica* llena el vacío dejado por la *Crítica de la razón pura*, o en arte, donde la creación de un orden desde el yo interior del artista sustituye la imitación del orden exterior pre-existente. Los románticos españoles, en realidad, y en un sentido profundo, no sufrieron la experiencia espiritual que sustenta las actitudes románticas y por eso es por lo que su literatura romántica es más retórica que expresiva. Están respondiendo a preguntas que no se han formulado.

Sé muy bien que los devotos de uno u otro de los románticos españoles canonizados afirmarán que su poeta o dramaturgo o novelista fué una excepción a lo que he venido diciendo, que era sincero en sus manifestaciones y no carecía de fuerza, afirmación que en algunos casos yo suscribiría. Pero lo que todo ello implica no es una cuestión de juicios personales, sino una serie de hechos que he tratado de relacionar entre sí dándoles un sentido. Los hechos son los siguientes: 1) Los críticos del romanticismo español, aún los que muestran simpatía hacia él, se han sentido, por lo general, obligados a reconocer sus fallos, a hablar de su falta de originalidad, de su debilidad, de su fracaso. 2) El racionalismo nunca alcanzó en España la autoridad lograda en otros países. 3) Los españoles tuvieron un contacto superficial con la filosofía idealista, alemana o de cualquier otro país, y este contacto no se produjo porque los españoles lo buscaran; fué impuesto por circunstancias que ellos hubiesen preferido distintas.

No obstante, si esta serie de hechos nos deja con un pseudo-romanticismo en España, otra serie puede dar un romanticismo auténtico que al propio tiempo habrá de ser caracterizado, debido a circunstancias externas y a cualidades internas, de un modo especial. También aquí hay varios estudios minuciosamente detallados, especialmente los del Krausismo, del Abbé Jobit y el profesor Juan López Morillas, que son inestimables para llegar a mis conclusiones<sup>17</sup>.

Parece probable que para que una cultura se haga romántica ha de atravesar una crisis metafísica de la naturaleza y magnitud de la crisis experimentada en la Europa no española a fines del XVIII o bien, en ausencia de tal crisis producida en su propio seno, la cultura tendría que absorberla mediante una deliberada y ávida importación. Este último proceso es el que permitió a España adquirir algo del espíritu auténticamente romántico. No me refiero, naturalmente, a la obra de los liberales españoles, que no se hicieron románticos por decisión, al menos no totalmente, y cuyas nuevas convicciones no se adecuaban a las tareas intelectuales y políticas que les aguardaban cuando regresaron a su

<sup>17</sup> PIERRE JOBIT, *Les Educateurs de l'Espagne contemporaine, I. Les Krausistes* (Pa-

ris, 1936). JUAN LÓPEZ MORILLAS, *El Krausismo español* (Méjico, 1956).

patria. Sin embargo, los liberales llevaron consigo, por lo menos, como resultado de ese contacto con el mundo no español, ojos para ver que las universidades, las ideas, el arte español carecían de vida y de actualidad; conciencia crítica que fué comunicada a la nueva generación. Lo que los críticos del período dicen acerca de él hace ver, sin duda alguna, que la clase culta había alcanzado un estado de desesperación que casi inevitablemente les empujaría a la acción. Y así fué cómo en 1843 un joven intelectual, Julián Sanz del Río, ya algo conocedor de la filosofía alemana a través de las traducciones francesas, fué enviado por el gobierno a Alemania para estudiar durante dos años las "principales escuelas" de filosofía. La escuela de la que se hizo ferviente discípulo fué la de Karl Christian Friedrich Krause (1781-1832), cuyo pensamiento permanecería olvidado en los anales de la filosofía si Sanz del Río no lo hubiese introducido en España. Pero, como dice Giner de los Ríos en el prólogo a su traducción del *System der Aesthetik*, de Krause (*Compendio de estética*, 2.<sup>a</sup> ed., Madrid, 1883, pág. 11):

Cualquiera que sea el juicio que del contenido de su sistema se forme, nadie hoy duda poco ni mucho que, merced ora a la libre, severa y concienzuda indagación de Sanz del Río, ora a las discretas exposiciones de Ahrens, Tiberghien y demás escritores de sentido análogo y más populares y accesibles, aquel pensador es uno de los que más hondamente han removido en estos tiempos nuestro petrificado espíritu nacional y jercido más poderoso influjo en su cultura y sus manifestaciones.

No es éste el lugar adecuado para resumir los excelentes estudios existentes sobre la filosofía krausista tal como se desarrolló en España, pero es necesario anticipar una objeción general, de la cual se deducirían objeciones particulares, a la pretensión de calificar de romántica a esta filosofía. Se podría objetar que el propio Krause, y después de él Sanz del Río, denominaron a su pensamiento "racionalismo armónico". Pero la razón invocada aquí no es la razón pura cuya autoridad destruyó Kant, sino la razón práctica que la sustituyó, una fe racionalizada, la expresión de ese sentimiento de incomodidad, después de la ruptura de la conexión entre lo numérico y lo fenoménico, que genera un romanticismo progresivo y regresivo a la vez donde quiera que se experimente, dentro del marco europeo.

Esta fe es la que llevó Sanz del Río a mediados del siglo desde la Universidad de Heidelberg a la de Madrid, donde la implantó en las mentes y en los corazones de un círculo de estudiantes, al principio reducido y esotérico, pero que se fué ampliando gradualmente a través de la Institución Libre de Enseñanza, por todo el país, hasta que su trasnochada doctrina romántica apenas dejó intacta una cabeza dotada de la nueva generación. Jobit no vaciló en titular su estudio de los krausistas *Les éducateurs de l'Espagne contemporaine*. Don Francisco Giner de los Ríos, ferviente krausista, por mucho que prorrumpiese en invectivas contra los excesos del Romanticismo, cuyo principal mérito era,

para él, desplazar al estéril clasicismo<sup>18</sup>, estaba atacando, realmente, el falso romanticismo conocido en España, al tiempo que él mismo, bajo una rúbrica distinta, con el implacable vigor y la santidad de un apóstol, infundía en una generación de jóvenes españoles preocupaciones genuinamente románticas que inevitablemente se expresarían en las artes y letras de lo que llamamos la Generación del 98.

Cuando Ganivet escribe, en *El porvenir de España*, "Todo cuanto viene de fuera a un país ha de acomodarse al espíritu del territorio si quiere ejercer una influencia real"<sup>19</sup> muestra que la doctrina romántica ha arraigado en España. Romanticismo significa ahora para el español, primero la formulación de preguntas, de sus propias preguntas, y después la respuesta a las mismas, preguntas que se hace por desesperada necesidad espiritual y a las que responde no en obediencia a exhortaciones externas, imitando la idea que tienen los alemanes, los franceses o incluso los ingleses de cómo debe ser un español, sino considerando sus propias circunstancias, su presente, su pasado, su futuro, la naturaleza que le rodea. El individualismo español, personal y nacional, que a los filósofos románticos alemanes les había parecido ejemplar, cobra sentido para el español. En todo el llamado romanticismo de comienzos del siglo XIX no había lugar para la poesía de la naturaleza, del paisaje español, experimentado de modo inmediato como parte de la vida del poeta. Sólo cuando se hubieron establecido firmemente en el alma española las premisas del romanticismo, pudo subordinarse la razón y la historia. Azorín pudo meditar sobre la contextura física e histórica de Castilla. Antonio Machado pudo escribir sus poemas sobre los *Campos de Castilla*. Unamuno pudo predicar la búsqueda de la verdad en la vida y la búsqueda de la vida en la verdad, la doctrina del "adentro", la teología paradójica de Kierkegaard, el ejemplo de *Obermann*, el significado de la intra-historia de España, la voluntad como instrumento de cognición. ¿Por qué no ha de decidir el crítico, como suele hacerlo, ¡qué romántico!?

<sup>18</sup> Véase el ensayo "Dos reacciones literarias", en sus *Estudios de literatura y arte*, 2.ª ed. (Madrid, 1876), págs. 1) 7-129.

<sup>19</sup> *Obras completas*, II (Madrid, 1951), 1082.